

cubierta muchas veces por las aguas, y allí es donde confluyen el Ohio y el Mississippi, á los treinta y seis grados cincuenta y un minutos de latitud. Allí los dos ríos, oponiéndose una resistencia igual, cesan en su curso, y duermen uno al lado de otro, sin confundirse, por espacio de algunas millas en un mismo canal, como dos grandes pueblos divididos por su origen y reunidos luego para no formar mas que una sola raza; como dos ilustres rivales que comparten una misma cama después de una batalla; como dos esposos de sangre enemiga que se sienten poco inclinados en un principio á confundir en el lecho nupcial sus destinos.

Y yo tambien, á la manera de las poderosas urnas de los ríos, he dirigido el pequeño curso de mi vida, ora á un lado de la montaña, ora al otro; caprichoso en mis errores, pero nunca maléfico, prefiriendo los valles pobres á las ricas llanuras, y deteniéndome en las flores mas bien que en los palacios. Por lo demás, me hallaba tan encantado con mis excursiones, que apenas me acordaba ya del polo. Una caravana de traficantes, que venia de los Creeks en las Floridas, me permitió reunirme á ella.

Dirigímonos hácia los países conocidos entonces con el nombre general de las Floridas, y en donde se extienden hoy los Estados de la Alabama, la Georgia, la Carolina del Sur y el Tennessee. Seguimos sobre poco mas ó menos los senderos que en el día unen el gran camino de los Natchez á Nashville por Jackson y Florencia, y entra luego en Virginia por Knoxville y Salem, país poco frecuentado en aquel tiempo, y cuyos lagos y sitios habia explorado sin embargo Bertram. Los plantadores de la Georgia y de las Floridas marítimas venian hasta las diversas tribus de los creeks á comprar caballos y bestias semi-salvajes, que se multiplicaban hasta lo infinito en las sabanas perforadas por aquellos pozos, á orilla de los cuales hice reposar á *Atala* y *Chactas*. Tambien extendian sus excursiones hasta el Ohio.

Ibamos empujados por un viento fresco. El Ohio, engruesado con otros cien ríos, tan pronto iba á perderse en los lagos que se abrian delante de nosotros, come en los bosques. Elevábanse islas en medio de los lagos, y haciendo vela hácia una de las mayores, llegamos á ella á las ocho de la mañana.

Atravesé una pradera sembrada de jacobas de amarillas flores, de alcas de rosados penachos, y de obelarias de púrpúreos matices.

Hirió mi vista una ruina india. El contraste de aquella ruina y de la juventud de la naturaleza, aquel monumento de los hombres en un desierto, causaba grande impresion. ¿Qué pueblo habitó en aquella isla? ¿Cuál fue su nombre, su raza, el tiempo de su paso? ¿Vivia cuando el mundo, en cuyo seno estaba oculto, permanecia ignorado de las otras tres partes de la tierra? El silencio de aquel pueblo es quizá contemporáneo del ruido de algunas grandes naciones, que á su vez han caído en el silencio (1).

De las quebradas arenosas y de las ruinas de los túmulos salian adormideras de rosadas flores, pendientes del extremo de un pedúnculo inclinado, de un verde pálido. El tallo y la flor tienen un aroma que se queda apegado á los dedos cuando se toca la planta. El aroma que sobrevive á aquella flor, es una imagen del recuerdo de una vida pasada en la soledad.

Observé á la nimfea, la cual se preparaba á ocultar su lirio blanco en la onda al terminarse el día: el árbol triste no esperaba mas que la noche para abrir el suyo: la esposa se acuesta á la hora en que la cortesana se levanta.

La *anotera* piramidal, de siete á ocho piés de altura,

(1) Las ruinas de Mitla y de Palenque, en Méjico, prueban hoy día que el Nuevo-Mundo puede disputar su antigüedad con el antiguo.

(Paris, nota de 1834.)

ra, y de hojas oblongas dentadas, de un verde oscuro, tiene otras costumbres y otro destino: su flor, amarilla, empieza á entreabrirse por la tarde en el espacio de tiempo que emplea Venus para ocultarse bajo el horizonte, y continúa abriéndose á la luz de las estrellas: la aurora la encuentra en toda su lozanía; á la mitad de la mañana se marchita, y cae al medio día. No vive mas que algunas horas, pero esas las pasa bajo un cielo sereno, entre los halitos de Venus y de la aurora: ¿qué importa en ese caso la brevedad de la vida?

Un arroyo se engalanaba con dioneas, alrededor de las cuales zumbaban una multitud de efimeras. Tambien habia pájaros-moscas y mariposas, que con sus brillantes matices disputaban en hermosa con la variedad de colores de la floresta. En medio de aquellos paseos y estudios, me venia al pensamiento la idea de su futilidad. ¡Cómo! ¿La revolución que pesaba ya sobre mí y me arrojaba á los bosques no me inspiraba ideas mas graves, y precisamente en las horas de trastorno de mi país era cuando me ocupaba de descripciones y plantas, de mariposas y flores? La individualidad humana sirve para medir la pequeñez de los mas grandes acontecimientos! ¿Cuántos hombres hay indiferentes á esos acontecimientos! ¿Cuántos otros habrá que los ignoren! La poblacion general del globo está calculada en mil ciento á mil doscientos millones: por cada segundo muere un hombre, y de consiguiente en cada minuto de nuestra existencia, de nuestras sonrisas, de nuestras alegrías, espiran sesenta hombres y gimen y lloran sesenta familias. La vida es una peste permanente. Esta cadena de luto y de funerales que nos oprime, no se rompe, se prolonga, y nosotros mismos formamos un eslabon de ella. ¡Enaltezcamos luego la importancia de esas catástrofes, de que no oírán hablar jamás las tres cuartas partes y media del mundo! ¡Corramos en pos de un renombre que no volará sino algunas leguas alrededor de nuestra tumba! ¿Sumerjámos en el océano de una felicidad, de la que cada minuto se pasa entre sesenta ataúdes que se renuevan sin cesar!

Num nox nulla diem neque noctem aurora sequuta est,  
que non audierit mixtos vagitibus agris  
ploratus, mortis comites et funeris atri.

«Ningun día ha seguido á una noche; ninguna noche ha sido seguida de la aurora, que no haya oído llantos mezclados con dolorosos quejidos, compañeros de la muerte y de los lúgubres funerales.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FUENTE DE JUVENCIO.—MUSCOGULGOS Y SIMINOLES.—NUESTRO CAMPO.

Los salvajes de la Florida cuentan que en medio de un lago hay una isla habitada por las mujeres mas hermosas del mundo. Los muscogulgos han intentado mil veces conquistarla; pero aquel Eden huye ante las canoas, imagen natural de esas quimeras que huyen ante nuestros deseos.

Ese país contenia tambien una fuente de *Juvenio*: ¿quién desearia revivir?

Poco faltó para que esas fábulas tomaran á mis ojos una especie de realidad. Cuando menos lo esperábamos, vimos salir de una bahía una flotilla de canoas, unas con remos y otras con velas, que abordaron á nuestra isla. Conducian dos familias de creeks, una muscogulga y otra siminole, entre las cuales habia cheroquis y *mulatos*. Chocóme sobre manera la elegancia de aquellos salvajes, que en nada se asemejaban á los del Canadá.

Los siminoles y los muscogulgos son de estatura

mas que regular, y, por un contraste extraordinario, sus madres, sus esposas y sus hijas, son la raza mas pequeña de mujeres que se conoce en América.

Las indias que desembarcaron en donde estábamos nosotros, oriundas de sangre cheroqui y castellana á la vez, era de elevada estatura. Dos de ellas se asemejaban á las criollas de Santo-Domingo y de la isla de Francia; pero eran jóvenes y delicadas como las mujeres del Ganges. Esas dos florideñas, primas por parte de padre, me sirvieron de modelos, una para *Atala* y otra para *Celuta*: únicamente sobrepujaban á los retratos que he hecho de ellas en esa verdad de naturaleza variable y fugitiva, y en esa fisonomía de raza y de clima que no me fue posible reproducir. Habia cierta cosa indefinible en aquel semblante ovalado, en aquella tez sombreada, que parecia ver uno á través de un vapor anaranjado y ligero, en aquellos cabellos tan negros y suaves, en aquellos ojos tan rasgados y medio ocultos bajo el velo de dos párpados de raso, que se entreabrían con lentitud, en la doble seducción, en fin, de la india y de la española.

La reunion de nuestros huéspedes cambió en algun tanto nuestras costumbres; nuestros tratantes principiaron á buscar caballos, y se resolvió que iríamos á establecernos en las cercanías de las haras.

La llanura de nuestro campo estaba cubierta de toros, vacas, caballos, bisontes, búfalos, grullas, pavos y pelicanos; estas aves matizaban de blanco, negro y rosa el fondo verde del campo.

Muchas pasiones agitaban á nuestros traficantes y á nuestros cazadores; no de esas pasiones de clase, de educacion, de preocupaciones, sino pasiones enteramente de la naturaleza; de esas que van directamente á su objeto, y tienen por testigos un árbol desgajado en el fondo de una selva desconocida; un valle que nadie puede volver á encontrar; un río sin nombre. Las relaciones de los españoles con mujeres creeks constituian el fondo de las aventuras: los *mulatos* hacian el principal papel en esas novelas. Habia una historia célebre; la de un comerciante en aguardiente, seducido y arruinado por una *jóven pintada* (una cortesana). Esta historia, contada en versos siminoles, con el nombre de *Tabamica*, se cantaba al pasar los bosques (1). Arrebatadas á su vez las indias por los colonos, morian muy luego abandonadas en Panzacola: sus desgracias iban á aumentar los *romanceros* y á ocupar un lugar al lado de las quejas de Jimena.

DOS FLORIDEÑAS.—RUINAS SOBRE EL OHIO.

La tierra es una madre cariñosa, de cuyo seno salimos nosotros: en la infancia nos da sus pechos hinchados de leche y miel; en la juventud y en la edad madura nos prodiga sus frescas aguas, sus cosechas y sus frutos, y en todas partes nos ofrece sombra, baño, mesa y lecho: á nuestra muerte vuelve á abrirnos sus entrañas y cubre nuestros despojos con un manto de yerbas y flores, hasta que nos transforma secretamente en su propia sustancia para reproducirnos bajo alguna graciosa forma. Tales eran las reflexiones que me asaltaban al despertarme, cuando mi primera mirada encontraba el cielo, que era la cúpula de mi lecho.

Como los cazadores se marchaban para sus ocupaciones del día, me quedaba con las mujeres y los hijos, y nunca me separaba de mis dos silvanas, de las cuales una era altiva y otra melancólica. Yo no entendia una palabra de lo que me hablaban, ni ellas tampoco me comprendian; pero yo iba á buscarles el agua para su copa, los sarmientos para su lumbre, los musgos para su cama. Ellas vestían el zagalejo corto

(1) La he insertado en mis viajes.

(Nota de Ginebra de 1832.)

y las mangas anchas, cortadas á la española, y el corpiño y manto indios. Sus piernas desnudas estaban rodeadas de encajes de álamo blanco; sujetaban sus cabellos con ramilletes ó filamentos de juncos, y se prendian con cadenas y collares de vidrio. Pendian de sus orejas simientes purpurinas, y llevaban una linda cotorra que hablaba, el ave de Armida, ó bien sujeta en el hombro á manera de esmeralda, ó bien en la mano, como las damas nobles del siglo x llevaban el gavilán. Para fortalecerse el seno y los brazos, se frotaban con el apoya ó juncia de América. En Bengala las bayaderas mascan el betel, y en Levante los almecos chupan la almáciga de Chio: las florideñas trituraban entre sus dientes, de un blanco azulado, lágrimas de *liquidambar* y raíces de *libanis*, que reunian la fragancia de la angélica, del cedro y de la vainilla. Así vivian en una atmósfera de aromas que destilaban ellas mismas como los naranjos y las flores en las puras emanaciones de sus hojas y de sus cálices. Entreteníame á veces en colocar algun adorno sobre su cabeza, á lo que se prestaban con una dulce timidez, pues, como magas, creian que yo les ponía algun filtro. Una de ellas, la *altiva*, oraba con frecuencia, y me parecia medio cristiana: la otra cantaba con una voz melodiosa, lanzando al fin de cada frase un grito que trastornaba. A veces hablaban con viveza, y creia entrever en sus acentos un sentimiento de zelos; pero la melancólica lloraba, y volvia á reinar el silencio.

Siendo yo débil, buscaba ejemplos de debilidad á fin de animarme. Camoens habia amado en las Indias á una esclava negra de Berbería; y ¿no podria yo ofrecer en América mis obsequios á dos jóvenes sultanas juncales? ¿No habia dirigido Camoens endechas ó estancias á *Barbara Escrava*? No le habia dicho:

Aquella cautiva.  
Que me ten captivo  
Porque nella vivo,  
Ya naa quer que viva.  
En nunqua vi rosa  
Em suavos molhos.  
Que para meus olhos  
Fosse mais formosa  
Pretidao de amor  
Tao doce figura  
Que á neve lhe jura  
Que trocara á cor.  
Leda mansidada  
Que ó siso acompanha  
Bem parece estranha  
Mas barbara naa.

«Aquella cautiva que me tiene cautivo, porque vivo en ella, no quiere que viva; jamás una rosa en suaves ramilletes pareció mas bella á mis ojos...»

«Su negra cabellera inspira el amor: su rostro es tan dulce, que la nieve trocara su color con él; su alegría está acompañada de reserva: bien podrá parecer una extranjera, pero no una bárbara.»

Se dispuso una partida de pesca á tiempo que el sol se acercaba á su ocaso. En primer término se ofrecian á nuestra vista los sasafrás, los tulipares, los caltaps y las encinas, cuyo ramaje ostentaban madejas de musgo blando. En segundo término se elevaba el mas hermoso de los árboles, el papayero, que cualquiera habria tomado por una aguja de plata cincelada que sostenia una urna corintia. En tercer término dominaban las balsaminas, las magnolias y los liquidámbaros.

El sol descendió detrás de aquel cortinaje: un rayo de luz que atravesaba la cúpula de un oquedal brillaba como un carbunclo engastado en el sombrío follaje; la luz, abriéndose paso entre los troncos y ramas, proyectaba sobre los céspedes columnas que se agrandaban y arabescos que se movian. Por lo bajo se veian lilos, azaleas, lianas anulares de tallos gigantes: en lo alto nubes, fijas unas como promontorios ó torres

antiguas, movibles otras como vapores de rosa ó copos de seda. Por efecto de transformaciones sucesivas, se veía en esas nubes abrirse bocas de hornos, amontonarse pilas de ascuas ó correr rios de lava, presentando un conjunto sorprendente, lujoso, dorado, brillante saturado de luz.

A consecuencia de la insurrección de la Morea, en 1770, se refugiaron en la Florida varias familias griegas, que pudieron creerse todavía en ese clima de la Jonia que parece haberse enervado con las pasiones de los hombres. En Smirna duerme por la noche la naturaleza, como una cortesana hastiada de amor.

A nuestra derecha se veían unas ruinas pertenecientes á las grandes fortificaciones halladas sobre el Ohio: á nuestra izquierda teníamos un antiguo campamento de salvajes. La isla en que estábamos, clavada en las olas, y reproducida por un espejismo, mecía delante de nosotros su doble perspectiva. A la parte de Oriente reposaba la luna sobre lejanas colinas; á la de Occidente la bóveda del cielo aparecía hundida en un mar de diamantes y záfiro, en el que parecía diluirse el sol medio sumergido. Los animales de la creación estaban en vela; la tierra, prosternada, parecía incensar al cielo, y el ámbar que exhalaba de su seno volvía á caer sobre ella en rocío, como la oración sobre el que ora.

Habiendo dejado á mis compañeros, quise descansar al lado de un grupo de árboles: su oscuridad, heñada de luz, formaba la penumbra en donde yo estaba sentado. Entre los arbustos encrespados brillaban moscas relucientes, que se eclipsaban cuando pasaban en las irradiaciones de la luna. Oíase el flujo y refluj del lago, los saltos del pez de oro y el extraño grito del ánade que se sumerge. Mis ojos estaban fijos en el agua, y poco á poco fui cayendo en esa somnolencia conocida de los hombres que recorren los caminos del mundo. Ningun recuerdo claro me quedaba, y se me figuraba que vivía y vegetaba con la naturaleza en una especie de panteísmo. Recostéme contra el tronco de una magnolia, y me dormí: mi descanso se mecía sobre un fondo de vagas esperanzas.

Cuando salí de ese leteo, me encontré entre dos mujeres: las odaliscas habían venido, y no quisieron despertarme. Habíanse sentado en silencio á mis dos lados, y ora fuese que fingiesen dormir, ora que estuviesen realmente dormidas, tenían apoyadas sus cabezas sobre mis hombros.

Atravesó la brisa el bosquecillo, y nos inundó con una lluvia de hojas de magnolia. Entonces la mas jóven de las siminoles se puso á cantar: ¡el que no esté seguro de su vida, guárdese de exponerla nunca así. No es posible saber lo que es una pasión infiltrada con la melodía en el seno del hombre. A aquella voz respondió la voz ruda y zelosa de un hombre: era un *mulato* que llamaba á las dos primas. Extremeciéronse estas, y se levantaron; la aurora principiaba á despuntar.

Exceptuando á Aspasia, he vuelto á encontrar la misma escena en las riberas de Grecia: subido una aurora en las columnas del Parthenon, he visto el Cytheron, el monte Hymeto, el Acrópolis de Corinto, los sepuleros, las ruinas bañadas en un rocío de luz dorada, transparente y ligera que reflejaban los mares y difundían como un perfume los céfiros de Salamina y de Delos.

Acabamos nuestra navegacion en la ribera sin hablar mas palabra. Al medio día se levantó al campo para examinar unos caballos que los crecks querían vender y los traficantes comprar. Mujeres y niños, todos estaban convocados como testigos, segun costumbre, en los mercados solemnes. Los caballos padres de todas edades y de toda clase de pelos; los potros y las yeguas, juntamente con los toros, vacas y terneros, principiaron á huir y á galopar alrededor nuestro. En aquella confusion me encontré separado de los crecks.

Un grupo bastante numeroso de hombres y caballos se aglomeró á orillas de un bosque. De repente veo de lejos á mis dos florideñas, á quienes unas manos vigorosas colocaban á la grupa en dos caballos que montaban en pelo un *mulato* y un *siminol*. ¡Oh, Cid! ¡Qué no hubiese tenido tu ligero Babieca para unirme á ellas! Las yeguas echan á andar, y les sigue todo aquel inmenso escuadron. Los caballos botan, saltan, brincan y relinchan en medio de los cuernos de los búfalos y de los toros; chócense en el aire sus cascos, y sus colas y crines flotan teñidas en sangre. Un torbellino de insectos devoradores zumba en torno de aquella cabalgata salvaje. Mis florideñas desaparecen como la hija de Ceres arrebatada por el dios de los infiernos.

Véase cómo todo aborta en mi historia, y solo me quedan imágenes de lo que ha pasado tan pronto: yo bajaré á los Campos-Eliseos con mas sombras de las que ningun hombre ha podido llevar consigo. La culpa es de mi organizacion, porque yo no sé aprovecharme de ninguna fortuna, ni puedo tomar interés por nada de lo que interesa á los demás hombres. Exceptuando el punto de religion, no tengo creencia alguna. Ora fuese pastor ó rey, ¿qué habria hecho de mi cetro ó de mi cayado? Me habria cansado igualmente de la gloria y del genio, del trabajo y del ocio, de la prosperidad y del infortunio. Todo me cansa: advierto con pena mi hastío con el trascurso de mis días, y no hago mas que bostezar la vida.

QUIENES ERAN LAS JÓVENES MUSCOGULGAS.—PRISION DEL REY EN VARENNES.—INTERRUMPO MI VIAJE PARA VOLVER Á EUROPA.

Ronsard nos pinta á María Estuardo cuando se disponía á marchar á Escocia, despues de la muerte de Francisco II.

«Con semejante traje os hallábais engalanada y abandonábais el hermoso país, cuyo cetro habeis empuñado, cuando pensativa, y bañado vuestro seno en el hermoso cristal de vuestras lágrimas desprendidas, paseábais tristemente por las largas arboledas del gran jardín de aquel real sitio que toma su nombre del manantial de una fuente.»

¿Me asemejaba yo á María Estuardo paseándose en Fontainebleau, cuando me paseaba en mi campo despues de mi viudez? Lo que puedo asegurar es que mi espíritu estaba envuelto en un *crepon largo, sutil y suelto*, como dice el mismo Ronsard, antiguo poeta de la nueva escuela.

Habiéndome arrebatado el diablo las jóvenes muscogulgas, supe por el guía que un *mulato*, que estaba enamorado de una de ellas, habia concebido zelos de mí, y resolvió con un *siminol* hermano de la otra prima robarme á *Atala* y *Celuta*. Los guías la llamaban sin escrúpulo *mujeres pintadas*, lo cual no dejaba de herir mi vanidad, y me creía tanto mas humillado, cuanto que el *mulato*, mi rival preferido, era un maruguino flaco, feo y negro, que tenia todos los caracteres de esos insectos que, segun los etimologistas del gran Lama, son unos animales que tienen la carne por dentro y los huesos por fuera. La soledad me pareció vacía despues de mi contratiempo, y acogí mal á mi sílfide, que acudió generosamente á consolar á un infiel, como Julia cuando perdonaba á Saint-Preux sus florideñas de París. Me apresuré á abandonar aquel desierto, en donde mas adelante procuré reanimar á las que me acompañaron una noche en mi sueño. No sé si les he dado la vida que ellas me dieron; pero á lo menos, y como por expiacion, he hecho de la una una virgen y de la otra una casta esposa.

Volvimos á pasar las montañas Azules, y nos acercamos á los desmontes europeos, hácia Chillicothe. Yo no habia adquirido la menor luz sobre el objeto

principal de mi empresa, pero en cambio iba lleno de un mundo de poesía:

«Como una abeja jóven, engreida en las rosas volvia mi musa cargada con su botín.»

Divisé á orillas de un arroyo una casa americana, casa de labor en uno de sus piñones y molino en el otro; pedí comida y alojamiento, y fui bien recibido.

Mi patrona me condujo por una escalera á un cuarto, que estaba encima del eje de la máquina hidráulica. Mi pequeña ventana, guarnecida de vedra y de cobeas de campanitas de iris, daba al arrollo que corría estrecho y solitario entre dos espesas filas de sauces, alisos, sazafrás, tamarindos y álamos de la Carolina. La rueda espumosa giraba bajo la sombra de aquellos árboles, haciendo caer largas cintas de agua. Las pencas y truchas saltaban entre la agitada espuma; de una á otra orilla volaban aguzanieves, y variedad de acciones agitaban por encima de la corriente sus alas azules.

¿No habria estado allí dulcemente alojado con la *melancólica*, suponiendo que fuese fiel, sentado á sus piés y con la cabeza recostada sobre sus rodillas, escuchando el ruido de la cascada, las vueltas de la rueda, el traqueteo del molino, el sonido del arnero y los acompasados golpes de la citola, y respirando la frescura del agua y el olor de las cebadas?

Llegó la noche, y bajé al cuarto de la labranza, que estaba iluminado solamente por pajas de maiz y caras de judías, que hacian llama en el hogar. Las escopetas del amo, colgadas horizontalmente al portar armas, brillaban al reflejo de la lumbre. Sentéme en un escalón á un rincón de la chimenea, junto á una ardilla que saltaba alternativamente desde el lomo de un gran perro á la meseta de un torno. Un gatito se posesionó de mi rodilla para contemplar aquel juego. La molinera puso al fuego una enorme marmita, cuyo negro fondo abrazó al punto la llama como una corona de oro dentada. Mientras que las patatas destinadas para mi comida hervían á mi cuidado, me entretuve en leer á la luz de la llama y bajando la cabeza un periódico inglés, que habia caído al suelo entre mis piernas, y encontré escrito en gruesos caracteres lo siguiente: *Flight of the King* (Fuga del rey). Era aquello el relato de la evasión de Luis XVI y de la prision del infortunado monarca en Varennes. El periódico referia también los progresos de la emigracion y la reunion de los oficiales del ejército bajo la bandera de los principes franceses.

Efectuóse en mi espíritu una súbita conversion: Reinaldo vió su debilidad en el espejo del honor en los jardines de Armida; y sin ser yo el héroe del Taso, el mismo espejo me ofreció mi imagen en medio de un vergel americano. El ruido de las armas, el tumulto del mundo resonaron en mi oído bajo el techo de un molino oculto en bosques ignorados. Interrumpí de repente mi camino, y me dije: «Vuelve á Francia.»

De este modo lo que creí un deber trastornó mis primeros designios, y acarrecó la primera de esas peripeccias con que ha sido marcado el curso de mi vida. Los Borbones no necesitaban que un segundon de Bretaña volviese de ultramar para ofrecerles su oscura adhesión, asi como tampoco tuvieron necesidad de sus servicios cuando salió aquel de su oscuridad. Si continuando mi viaje hubiese encendido mi pipa con el periódico que hizo cambiar mi vida, nadie habria echado de ver mi ausencia. Mi existencia era entonces tan ignorada y pesaba tan poco como el humo de mi pipa. Una simple disputa entre mi conciencia y yo me arrojó en el teatro del mundo. Habria podido callar todo que hubiese querido, puesto que yo fui el único testigo del debate; pero precisamente de todos los testigos es aquel á cuyos ojos teneria mas ávergonzarme.

¿Por qué las soledades de Erié y Ontario se presen-

tan hoy á mi imaginacion con un encanto que no tiene en mi memoria el brillante espectáculo del Bósforo? Porque en la época de mi viaje á los Estados-Unidos estaba lleno de ilusiones; las revueltas de la Francia comenzaban al mismo tiempo que mi existencia, nada estaba concluido en mí, ni en mi país. Estos días me son dulces, porque me recuerdan la inocencia de los sentimientos inspirados por la familia y los placeres de la juventud.

Quince años mas tarde, despues de mi viaje á Levante, la república, llena de ruinas y anegada de lágrimas, se habia echado como un torrente del diluvio en brazos del despotismo. Yo no me alimentaba de quimeras: mis recuerdos nacidos en la sociedad y las pasiones, habian perdido su candor. Defraudando en mis dos peregrinaciones á Occidente y á Oriente, no habia descubierto el paso al polo; no habia robado la gloria á las orillas del Niagara; donde habia ido á buscarla, y la habia dejado sentada en las ruinas de Atenas.

Saliendo para viajar por América, regresando para ser soldado en Europa, no llegué al término de ninguna de las dos carreras: un mal genio me arrancó el baston y la espada, y me puso la pluma en la mano. Hay otros quince años que estando en Esparta, y contemplando el cielo durante la noche, me acordaba de los países que habian visto mi sueño pacífico ó turbulento: entre los bosques de Alemania, en los matorrales de Inglaterra, en los campos de Italia, en medio del mar, en las selvas del Canadá, habia yo saludado las mismas estrellas que veía brillar sobre la patria de Elena y de Menelao. Pero, ¿qué me servia quejarme á los astros, inmóviles testigos de mi destino vagabundo? No se cansará un día su mirada en perseguirme; ahora, indiferente á mi suerte, no les pediré que me vuelvan lo que el viajero deja de su vida en los lugares por donde pasa.

Si volviese á ver ahora los Estados Unidos, ya no los conoceria: donde dejé florestas, encontraría campos cultivados; donde yo he tenido que abrirme un sendero, viajaria por caminos reales; en los Natchez, en lugar de la choza de Celuta, se levanta una ciudad de cinco mil habitantes; Chactas podría ser hoy diputado en el congreso. He recibido últimamente un folleto impreso en los *Cherokis*, que me ha sido dirigido en interés de estos salvajes, como *al defensor de la libertad de imprenta*.

Hay entre los muscogulgos, los siminoles, los chickasas, una ciudad de Atenas, otra de Maraton, otra de Cartago, otra de Memfis, otra de Esparta, otra de Florencia; se halla un condado de la Colombia, y un condado de Marengo; la gloria de todos los países ha colocado un nombre en estos países, donde yo he ballado al P. Aubri y la oscura Atala. El Kentucky muestra un Versailles; un territorio llamado Borbon tiene por capital un París. Todos los desterrados, todos los oprimidos que se han retirado á América, han llevado allí un recuerdo de su patria.

.....Falsi Simoentis ad undam  
Libatat cineri Andromache

Los Estados-Unidos, ofrecen en su seno, bajo la protección de la libertad, una imagen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigüedad y de la moderna Europa; en su jardín de la campaña de Roma, Adriano habia hecho repetir los monumentos de su imperio.

Treinta y tres grandes caminos parten de Washington, como en otros tiempos partían las vias romanas del Capitolio, y llegan ramificándose á la circunferencia de los Estados-Unidos, trazando un círculo de veinte y cinco mil setecientos cuarenta y siete millas. Hay postas montadas en un gran número de estos caminos. Se toma la diligencia para el Ohio ó el Niagara, como se tomaba en mi tiempo un guía ó un inter-

prete indio. Estos medios de transporte son dobles; lagos y rios existen por todas partes, unidos por canales; se puede viajar á lo largo de los caminos de tierra en chalupas de remos y velas, ó en barcos de vapor. El combustible es inagotable, porque hay inmensos bosques cubiertos de minas de carbon á flor de tierra.

La poblacion de los Estados-Unidos se ha aumentado de diez en diez años, desde 1790 á 1820, en la proporcion de treinta y cinco individuos por ciento. Se presume que en 1830 será de doce millones ochocientas setenta y cinco mil almas. Si continuase doblando cada veinte y cinco años, sería en 1855 de veinte y cinco millones setecientas cincuenta mil almas, y en 1880 pasaria de cincuenta millones.

Esta savia humana hace florecer por todas partes el desierto. Los lagos del Canadá, antes sin velas, se parecen hoy á diques, donde se cruzan fragatas, corbetas, góndolas, con piraguas, canoas, navíos, chalupas, en las aguas de Constantinopla.

El Mississipi, el Missouri, el Ohio, no corren ya por la soledad; mas de trescientos barcos de vapor los remontan y vivifican las costas.

Esta inmensa navegacion interior, que bastaria por sí sola para la prosperidad de los Estados-Unidos, no disminuye sus expediciones lejanas. Sus buques corren todos los mares; se entregan á toda especie de empresas; pasean el pabellon estrellado á lo largo de estas playas de la aurora, que no han conocido mas que la esclavitud.

Para completar este cuadro sorprendente, es preciso representarse ciudades como Boston, Nueva-York, Filadelfia, Baltimore, Charlestown, Savannah, la Nueva-Orleans, alumbradas por la noche, llenas de caballos y carruajes, adornadas de cafés, museos, bibliotecas, salones de baile, teatros, ofreciendo todos los placeres de lujo.

Sin embargo, es preciso no buscar en los Estados-Unidos lo que distingue al hombre de los otros seres de la creacion, lo que es su certificado de inmortalidad y el ornamento de su vida; las letras son desconocidas en la nueva república, aunque sean llamadas por una multitud de establecimientos. El americano ha reemplazado las operaciones intelectuales con las operaciones positivas; no imputeis á inferioridad su mediocridad en las artes, porque no ha dirigido su atencion hácia este lado. Arrojado por diferentes causas á un suelo desierto, la agricultura y el comercio han sido el objeto de sus cuidados; antes de pensar, se necesita vivir; antes de plantar árboles, es menester cortarlos, á fin de labrar. Los colonos primitivos, lleno el espíritu de controversias religiosas, llevaban, es cierto, la pasion de la disputa hasta el seno de las florestas; pero era preciso que marcharan al principio á la conquista del desierto con el hacha á la espalda, no teniendo por pupitre en el intervalo de sus labores mas que el olmo que labraban. Los americanos no han recorrido los grados de la edad de los pueblos; han dejado en Europa su infancia y su juventud; las palabras sencillas de la cuna les han sido desconocidas; no han gozado de las dulzuras del hogar doméstico sino al través del sentimiento de una patria que jamás habían visto, y de la que lloraban su eterna ausencia y el encanto que se les habia referido.

No hay en el nuevo continente ni literatura clásica, ni romántica, ni india: clásica, porque los americanos no tienen modelos; romántica, porque no tienen edad media; india, porque desprecian á los salvajes, y tienen horror á los bosques como á una prision que les era destinada. Así, no es la literatura aparte, la literatura propiamente dicha, la que se halla en América; es la literatura aplicada, sirviendo á diversos usos de la sociedad; es la literatura de los obreros, de los negociantes, de los marinos y labradores. Los americanos están adelantados en la mecánica y las ciencias, porque

las ciencias tienen un lado material; Franklin y Fulton se han apoderado del rayo y del vapor en provecho de los hombres. Correspondia á la América dotar al mundo con un descubrimiento que hiciera fácil descubrir al que lo emprendiera todos los continentes.

La poesia y la imaginacion, patrimonio de un reducido número de desocupados, son miradas en los Estados-Unidos como puerilidades de la primera y última edad de su vida; los americanos no han tenido infancia; no tienen todavía ancianidad.

De aquí resulta que los hombres, dedicados á estudios serios, han debido pertenecer necesariamente á los negocios de su país para conocerlos, y han debido ser actores de su revolucion. Pero una cosa triste es de notar: la degeneracion pronta del talento, desde los primeros hombres de las revueltas americanas, hasta los hombres de estos últimos tiempos; y sin embargo, estos hombres se tocan. Los antiguos presidentes de la república tenían un carácter religioso, simple, tranquilo, elevado, de que no se halla un rastro en nuestras escenas sangrientas de la república y del imperio. La soledad de que los americanos se hallaban rodeados ha influido sobre su naturaleza; han cumplido en silencio su emancipacion.

El discurso de despedida de Washington al pueblo de los Estados-Unidos podria haber sido pronunciado por los personajes mas graves de la antigüedad:

«Los actos públicos, dice, prueban hasta qué punto me han guiado los principios que he recordado en el cumplimiento de los deberes de mi cargo. Mi conciencia me dice al menos que los he seguido. Aunque repasando los actos de mi administracion no tengo conocimiento de ninguna falta de intencion, tengo un sentimiento demasiado profundo de mis defectos para no conocer que probablemente habré cometido muchas faltas. Cualesquiera que sean, yo suplico al Todo-poderoso que repare los males que puedan acarrear.»

»Yo también lleearé conmigo la esperanza de que mi país no dejará de considerarlas con indulgencia, y que despues de cuarenta y cinco años de mi vida, dedicados al servicio de mi patria con celo y rectitud, las faltas de un mérito insuficiente caerán en olvido, como caeré yo mismo muy pronto en la mansion del reposo.»

Jefferson, en su habitacion de Monticello, escribió despues de la muerte de uno de sus dos hijos:

«La pérdida que yo he sufrido es verdaderamente grande. Otros pueden perder lo que tienen en abundancia; pero yo de lo estrictamente necesario tengo que llorar la mitad. La declinacion de mis dias pende solo del débil hilo de una vida humana. ¡Tal vez estoy destinado á ver romper este último lazo del afecto de un padre!»

La filosofia, rara vez tierna, lo es aquí en alto grado. Y no es el dolor ocioso de un hombre que no se ha mezclado en nada; Jefferson murió el 4 de julio de 1826, á los ochenta y cuatro años de edad, y á los cincuenta y cuatro de la independencia de su país. Sus restos descansan bajo una losa, no teniendo mas epitafio que estas palabras: «Tomás Jefferson, autor de la declaracion de independencia.»

Pericles y Demóstenes hébian pronunciado la oracion fúnebre de los jóvenes griegos muertos por un pueblo que desapareció detras de ellos; Brackenrige, en 1817, celebraba la muerte de los jóvenes americanos, de cuya sangre habia nacido un pueblo.

Existe una galeria nacional de los retratos de los americanos distinguidos, en cuatro volúmenes en octavo, y lo mas singular es una biografia de la vida de cien indios gefes principales. Logan, gefe de la Virginia, pronunció ante lord Dunmore estas palabras: «En la última primavera, sin ninguna provocacion, el coronel Crasp degolló todos los parientes de Logan; ya no corre una sola gota de mi sangre por las venas de

ninguna criatura viva. Esto es que lo me ha escitado á la venganza. La he buscado, he muerto mucha gente. ¡Hay ahora quien venga á llorar la muerte de Logan? Nadie.»

Sin amar la naturaleza, los americanos se han aplicado al estudio de la historia natural. Townsend, saliendo de Filadelfia, ha recorrido á pié las regiones que separan el Atlántico del Océano Pacifico, consignando en su diario sus numerosas observaciones. Tomás Suy, viajero de las Floridas y las Montañas de Roca, ha dado una obra sobre la etimologia americana. Wilson, tejedor convertido en autor, tiene descripciones bastante finas.

Llegando á la literatura, propiamente dicha, aunque sea poca cosa, hay algunos escritores que citar entre los poetas y romanceros. El hijo de un cuáquero, Brown, es el autor de *Wieland*, y *Wieland* es el modelo y la fuente de los romances de la nueva escuela. En oposicion á sus compatriotas, «quiero mas, decia Brown, errar en los bosques que segar trigo.» *Wieland*, el héroe del romance, es un puritano á quien el cielo le mandado matar á su mujer: «Te he traído aquí, le dice, para cumplir las órdenes de Dios; debes morir por mi mano.—Y yo cogí sus dos brazos. Ella dió muchos gritos desgarradores y quiso saltarse:—*Wieland*, ¿no soy yo tu mujer? ¿Y tú quieres matarme, matarme á mí? ¡Oh! ¡no! ¡gracia! ¡perdon!—Mientras su voz pudo abrirse paso, ella gritó:—¡Perdon, socorro!» *Wieland* estrangula á su mujer, y siente delicias inexplicables junto al cadáver. Aquí está sobrepujado el horror de nuestras invenciones modernas. Brown se habia formado en la lectura de Caleb Williams, é imitaba en *Wieland* una escena del *Otelo*.

Ahora los novelistas americanos, Cooper, Washington-Irving, se ven obligados á refugiarse en Europa para encontrar crónicas y un público. La lengua de los grandes escritores de Inglaterra se ha *criollizado*, *provincializado*, *barbarizado*, sin haber ganado nada en energia, en medio de la naturaleza virgen; se ha visto obligada á formar catálogos de expresiones americanas.

En cuanto á los poetas americanos, su lenguaje es agradable; pero se elevan poco sobre el órden comun. Sin embargo, la *Oda á la brisa de la tarde*, el *Nacimiento del sol en la montaña*, el *Torrente*, y algunas otras poesías, merecen ser leídas. Halleck ha cantado á Botzaris espirante, y Jorge Hill ha errado entre las ruinas de Grecia: «¡Oh Atenas! dice: ¿eres tú, reina solitaria, reina destronada... ¡Partenon, rey de los templos; tú has visto los monumentos, tus contemporáneos, dejar al tiempo robar sus sacerdotes y sus dioses!»

Me gusta á mí, viajero en las costas de la Hellade y la Atlántide, oír la voz, independiente de una tierra desconocida á la antigüedad, gemir sobre la libertad perdida del viejo-mundo.

#### PELIGROS PARA LOS ESTADOS-UNIDOS.

¿Pero conservará la América su forma de gobierno? ¿No se dividirán los Estados? ¿No ha sostenido ya un diputado de la Virginia la tesis de la libertad antigua con esclavos, contra un diputado de Massachusetts, defendiendo la libertad moderna sin esclavos, como la ha formado el cristianismo?

¿Los Estados del Norte y del Mediodía, no tienen espíritu é intereses opuestos? ¿Los Estados del Oeste, demasiado distantes del Atlántico, no querrán tener un régimen aparte? Por una parte, ¿el lazo federal es bastante fuerte que pueda mantener la union y obligar á cada Estado á que lo estreche? Por otra, si se aumenta el poder de la presidencia, ¿no vendrá el despotismo con sus guardias y su dictadura?

El aislamiento de los Estados-Unidos les ha permi-

tido nacer y engrandecerse; es dudoso que hubieran podido vivir y crecer en Europa. La suiza federal subsiste en medio de nosotros. ¿Por qué? Porque es pequeña, pobre, acantonada alrededor de montañas, semillero de soldados para los reyes, y punto de reunion para los viajeros.

Separada del antiguo mundo, la poblacion de los Estados-Unidos habita aun la soledad, sus desiertos han sido su libertad; pero ya se alteran las condiciones de su existencia.

La existencia de las democracias de Méjico, de la Colombia, del Perú, de Chile, de Buenos-Aires, revueltas como están, son un peligro. Cuando los Estados-Unidos no tenían cerca mas que las colonias de un reino trasatlántico, ninguna guerra seria era probable. ¿Ahora no son de temer rivalidades? Que de una y otra parte se apele á las armas; que el espíritu militar se apodere de los hijos de Washington, un gran capitán puede subir al trono: la gloria ama las coronas.

He dicho que los Estados del Norte, del Mediodía y del Oeste, estaban divididos por intereses; todos lo saben; rompiendo estos Estados la union, ¿se los reduciria por las armas? Y entonces, ¿qué germen de enemistades derramado en el cuerpo social! Entonces, ¿qué discordias no estallarían entre estos Estados emancipados! Estas repúblicas de ultramar, desunidas, no formarían mas que unidades débiles, de ningun peso en la balanza social, ó serían sucesivamente subyugadas por alguna de ellas. Dejo aparte el grave asunto de las alianzas é intervenciones extranjeras. El Kentucky, pueblo de una raza de hombres mas rústica, mas atrevida y mas militar, parecería el destinado para ser el estado conquistador. En este estado, que devoraría á los otros, el poder de uno solo no tardaría en levantarse sobre el poder de todos.

He hablado del peligro de la guerra; debo recordar los peligros de una larga paz. Los Estados-Unidos, desde su emancipacion, han disfrutado, salvo algunos meses, de la tranquilidad mas profunda: mientras que cien batallas trastornan la Europa, ellos cultivan los campos en seguridad. De ahí un desbordamiento de poblacion y de riquezas, con todos los inconvenientes de la superabundancia de las riquezas y de las poblaciones.

Si sobreviniesen hostilidades en un pueblo antibelicoso, ¿sabrian resistir? ¿Las fortunas y las costumbres consentirían en hacer sacrificios? ¿Cómo renunciar á los usos de comodidades, al bienestar indolente de la vida? La China y la India, dormidas en su muselina, han sufrido constantemente la dominacion extranjera. Lo que conviene á la complexion de una sociedad libre, es un estado de paz moderado por la guerra, y un estado de guerra templado por la paz. Los americanos han llevado demasiado tiempo la corona de olivo; el árbol que la da no es natural de sus playas.

El espíritu mercantil comienza á invadirlos; el interés se hace entre ellos el vicio nacional. Ya el juego de los diferentes bancos se embaraza, y amenaza con una bancarota la fortuna comun. Mientras la libertad produce oro, una república industrial hace prodigios; pero cuando el oro está adquirido ó agotado, pierde el amor de su independencia, no fundado en un sentimiento moral, sino en la sed de la ganancia y la pasion de la industria.

Ademas, es difícil crear una patria entre Estados que no tienen ninguna comunidad de religion y de intereses, que, teniendo diverso origen en diversa época, viven en un suelo diferente y bajo distinto clima. ¿Qué relacion hay entre un francés de la Luisiana, un español de las Floridas, un alemán de Nueva-Yorek, un inglés de la Nueva-Inglaterra, de la Virginia, de la Carolina, de la Georgia, todos re-